



Las termas de Aurgi

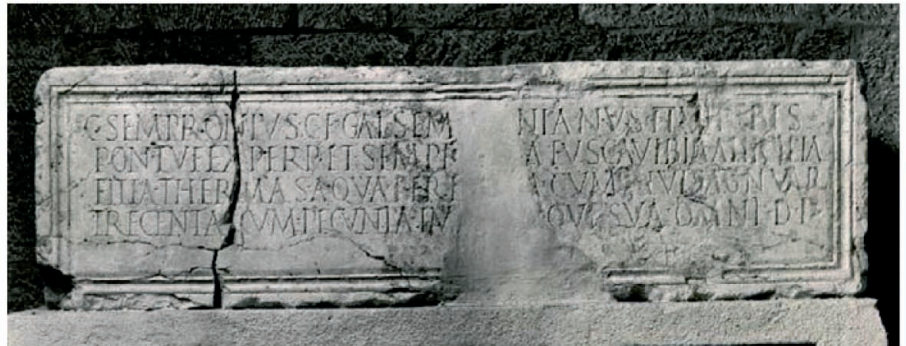
Texto: Joaquín Abolafia Cobaleda



A tardece en Aurgi y paseo por el foro. Hoy es un día importante para mí, Sempronio Fusca Vibia Ancilla, y para mi padre, Cayo Sempronio Semproniano. Tras meses de construcción, las termas que mandamos edificar están terminadas. La ciudad ha crecido desde que el difunto emperador Vespasiano le otorgó el honor de elevarla a municipio flavio, pero aún carece de muchos servicios que una ciudad moderna, aunque modesta, debe tener. Mi padre Cayo y yo misma, ahora en tiempos de nuestro amado emperador Trajano, hemos tenido a bien costear la construcción de estas magníficas termas para el disfrute de nuestros conciudadanos.

Elegimos el lugar perfecto. El desnivel que tiene la ciudad hacia el norte, entre la muralla y el foro, presentaba las condiciones perfectas para tal edificación. No fue fácil traer el agua necesaria. Aunque cerca hay un manantial que brota de la base de la montaña en cuyas faldas se encuentra la ciudad, decidimos traer el preciado elemento de más lejos, de la fuente que las gentes conocen como "del Alamillo". Unas sencillas canalizaciones guían el agua bordeando la montaña hasta la ciudad, a partir de donde, para salvar y desnivel de las huertas, se ha construido un pequeño acueducto con arcos que conduce el cristalino líquido a las termas. Como dijo Plinio el Viejo hace unos años, "es el agua la que hace a la ciudad". Y es que, antes de construir una ciudad, el suministro hídrico debe estar garantizado, y, en Aurgi, las fuentes y manantiales destacan por su abundancia.

El edificio es el más moderno de la Bética. El dintel de la puerta, a través de un pequeño vestíbulo, da acceso a una salita rectangular, el apoditerio, con numerosas hornacinas en la pared y



Inscripción en piedra que recuerda que las termas de Aurgi fueron donadas por Cayo Sempronio y su hija Sempronía Fusca (Museo Provincial de Jaén).

bancos corridos bajo ellas que permite que los aurgitanos se puedan desvestir y dejar sus sandalias y otros objetos personales, pero, eso sí, vigilado por un esclavo para evitar las tentaciones de los amigos de lo ajeno. Tras ella se encuentran las distintas estancias para el baño en las que, por unos pocos ases, el visitante podrá disfrutar de excelentes servicios para su aseo e higiene. Primero el frigidario, una sala con una magnífica piscina con agua fría donde te sumerges antes de salir de las termas. Junto a él se abre el tepidario, una gran sala con pilones de agua templada y donde las gentes de Aurgi podrán recibir masajes relajantes y ser impregnados con aceites aromáticos y ungüentos. Pero la dependencia más espectacular de estas termas es el caldario, la más calurosa de todas, siendo necesario llevar sandalias de madera para no quemarse los pies al caminar por el igneo suelo. En ella, el vapor de agua que ocupa todo el recinto es, sin duda, el protagonista. Pilones con agua caliente permitirán que el acalorado usuario se humedezca mientras conversa e intercambia opiniones con sus convecinos. Pero toda esta infraestructura no sería nada sin la gran

caldera que tiene como misión, por un lado, calentar el agua de los baños y, por otro, aumentar la temperatura del aire que pasa bajo el tepidario y el caldario. Y es que el inventor de este sistema, el difunto Cayo Sergio Aurata, mostró gran ingenio al elevar estas dos estancias mediante pequeños pilares de ladrillo creando así el hipocausto, un espacio debajo del suelo por el que circula el ardiente aire con la función de caldear estas estancias, sistema que pronto se extendió por todo el imperio. Para nutrir esta caldera hemos donado un pequeño bosque de álamos, de 300 agnias de extensión, que mi padre poseía al otro lado de la muralla noroeste, siguiendo la falda de la montaña.

Al llegar a las termas encuentro a las gentes curiosas. Cuentan que solo me mueve el interés. Cierto es que, al ser mujer, no puedo participar en la vida política y que, al realizar esta donación tan costosa a la ciudad, podré alcanzar el honor de ser sacerdotisa del culto imperial. Mi padre es uno de los hombres más notables de Aurgi, perteneciente a la tribu Galería, una de las tribus que Julio César y Augusto eligieron para adscribir a los ciudadanos romanos que promocionaban en Hispa-

nia. Él goza de una gran fortuna e influencia. Tras varios años de esfuerzo obtuvo un cargo religioso, logrando la dignidad de pontífice perpetuo, distinción que consiguió tras ser dos veces duoviro de la ciudad. Esto es un hecho infrecuente ya que, este alto cargo público para el gobierno de la ciudad, conformado por dos personas, se ocupaba, normalmente, solo una vez y durante un único año.

En la entrada, una gran losa de piedra con una inscripción recuerda que estas termas fueron donadas por mi padre y por mí. Entro majestuosa, vestida con una suave estola, similar a la toga con la que los hombres se cubren, pero más corta, y engalanada con pliegues estrechos y lujosa pedrería. Mi cabello está arreglado según el estilo que se lleva ahora, puesto de moda por nuestra emperatriz Plotina, formado por abundantes rizos dispuestos sobre la frente y que, a modo de panal de abejas, alcanza gran altura. ¡Me encanta! Pero mis peñadoras, en interminables sesiones de belleza, sufren cada vez que me lo tienen que hacer. Lo peor fue oscurecerlo ya que, el tinte empleado para tal fin, aplicado con paciencia, se prepara con sanguijuelas maceradas en vino

tinto. Todos me reverencian al pasar. Me siento orgullosa al recorrer este magnífico edificio. Estas termas serán la envidia de todas las ciudades de la comarca. Que los dioses nos den salud y bienestar y disfrutemos de ellas muchos años.



Recreación de cómo pudo ser Sempronía Fusca Vibia (Dibujo: Joaquín Abolafia Cobaleda).